



Imagen 1.-Mariscador en La Caleta con Africa al fondo. Foto J.L García Vegara

Un altar en la Caleta

Sebastián García León

Es difícil ocupar el espacio de alguien al que admiramos tanto. Pepe Araujo es, definitivamente, insustituible. Lo tuve cerca desde siempre, pero no lo había descubierto. Fue, -hace ya unos años-, un artículo suyo el que hizo que me fijara en la dulzura de su expresión, en la humanidad que colorea sus palabras, en ese torrente sereno de sabiduría secular y de cal antigua de Tarifa.

De él dije que es un poeta de diario, un relator de las verdades cotidianas, ésas que sólo percibimos cuando el poeta descubre el visillo de nuestra vida. Recuerdo que me atrapó con un relato tenue y sosegado, “Amorprende”. “Amorprende” me transportó al recuerdo, a la paz serena de la Caleta, o mejor dicho, a la conjunción de recuerdos, al sentido del caminar “despacio y sosegado”. Colocó en mi puzzle vital la pieza que se había extraviado y que él guardaba en el fondo de su infinita paciencia, ese cofre de ternura y cristal en el que guarda todas las piezas perdidas que conforman, en definitiva, los recuerdos de un pueblo: los alrededores de la plaza oliendo a pan recién sacado del horno, la conversación sin reloj, la vuelta por el barrio en el que viniste al mundo, el amigo catalanoandaluz, etc.

Aquel “amorprende”, contenía otras dos flores, “nomeolvides” y “siempre vivas”, que cogieron en la maceta de mi corazón, ya abonado por una tierra agradecida y predisuelta.

De la mano del poeta descendió mi alma hasta la puerta de madera remendada, pero reluciente de pintura fresca, de mi tía Isabel, en la Caleta, allí

donde Tarifa tiene el origen de su esencia, allí donde la leyenda se hace historia y la historia se hace verdad. Ante el muro que soportaba el embate de las olas surgió la leyenda sobre la llegada del Cristo del Consuelo a Tarifa, una de las leyendas que anudan la tradición de este pueblo. Es una leyenda muy corta, que tan sólo refiere el momento en el que se quedaron sin palabras quienes estaban en la playa, aquellos que vieron que un Cristo llegaba flotando hasta la orilla.

¡Qué emoción! ¿Quién mandaba ese regalo que marcaría la casilla de la fe tarifeña?

Era un Cristo envuelto entre sábanas de espuma, flotando, sin papeles, un Cristo que se anticipaba al Calvario del Estrecho, un Cristo que había elegido el encuentro de los dos mares. Mi tía Isabel había escuchado algo. “*De chica*, [me decía], *íbamos en Semana Santa a echar flores al agua, cuando la marea baja nos dejaba llegar hasta el límite de las corrientes del Estrecho, ¡porque aquí hay muchas corrientes!, ¿sabes?*”, y abría los ojos para advertirme que tenía que tener mucho cuidado al meterme en el agua.

Tía Isabel seguía hablándome de aquellas aguas, de las que decía que no tenían tregua entre el fragor atenuado y cálido del levante y la fría calma del poniente. O, quizás, lo dijo a su manera, con la profundidad de su sólida sencillez. No importa cómo se expresara, lo dijo y a mí no se me olvida, como tampoco se me olvida el cariño con el que las decía. Yo me quedaba como extasiado, porque al tiempo que hablaba me cogía las manos. Y a mí no se me olvida aquella ternura trabajada de su piel, ni el



Imagen 2.- Dibujo de una vista parcial de La Caleta. Blanca García Vegara

verde tan intenso de aquellos ojos que parecían flotar entre lágrimas incipientes que los iluminaban al reflejar el sol de la tarde.

Ya entonces creía que tía Isabel, que en realidad era tía de mi madre, era la cuidadora de la Caleta, que estaba allí para preservar algo que era de todos nosotros, los tarifeños. Desde la pequeña terraza que se alzaba blanca sobre las rocas, saludaba a los mariscadores de toda la vida, a los pescadores que llegaban con la marea baja, a los que iban a bañarse cuando el levante hacía imposible la Playa Chica, y a los enamorados de aquella playa que se sentaban en las rocas de esquistos que sobresalen entre las lajas de verdín y camarones.

No siempre se podía ir a la casa de tía Isabel, había que esperar al buen tiempo. El verano era la época ideal, porque lo que más me gustaba era la llegada lenta del atardecer, arrullado por sus palabras llenas de dulzura y sabiduría. En los pliegues de aquella cara los dioses del mar habían depositado el don de la bondad, y lo habían hecho bendiciendo la brisa que habría de transportar hasta aquel rostro el brillo salado de las tardes de poniente, recordando las algas de fin de verano que llenan el ambiente de un olor que sólo la confluencia de dos mares puede

alambicar.

La Caleta fue desde entonces para mí una acuarela viva, como de Guillermo Pérez Villalta, a quien imagino sumergiendo sus pinceles en el agua de una de las pozas que deja el mar cuando se retira y que vuelve a renovar en ese ciclo eterno que son las mareas.

Pero al igual que con las mareas, el ciclo de la vida se repite y se repite; se llama la rueda de la historia, de la que tanta gente ignora su existencia. Un sobrino, que lleva a Tarifa en la sangre, regresa de vez en cuando para sentarse en el borde de la Caleta y respirar ese mismo aire que durante tanto tiempo insufló vida y alegría a mi tía Isabel. Y se sienta allí porque es donde encuentra esa serenidad que te da la tierra que te vio nacer. Y me cuenta “Tío, es que en la Caleta me siento muy bien, me tranquiliza el alma, me da fuerzas para seguir y me inspira los mejores momentos de mi música”, y es entonces, cuando me pide que le hable de mi tía Isabel y de mi amigo Pepe Araujo, y yo le hablo de la serenidad que une sus espíritus, del tiempo que esculpió su propio reloj de sol en las paredes del Camorro, de esas plantas que contienen en su savia la esencia de un pueblo que vive en la encrucijada de dos mundos y cuyos

nombres asombraron a mi sobrino.

Se entristeció cuando le hablé de dónde mueren los seres maravillosos. Lo hacen fuera de su tierra, como Machado. Tía Isabel murió en Cataluña, muy lejos de su Caleta, también sé que su exilio fue muy duro, porque todos los días la echó de menos. En sus ojos conservó aquellas lágrimas que en otro tiempo le habían hecho brillar la mirada, pero que en aquel entonces sólo sirvieron como testigos de una época mitológica en la que su mundo era el más maravilloso que se podía uno imaginar. En esas lágrimas ya no flotaban aquellos ojos verdes, sino sus recuerdos.

Finalmente le dije a mi sobrino que no había que entristecerse, que delante teníamos el devenir de la vida, que las mareas y las corrientes representaban nuestras alegrías y nuestras tristezas, y que ambas fluyen en los mismos sentidos, tal como hace la historia.

Pasamos por delante de la casa de tía Isabel, y allí estaba su espíritu, mirando a la otra orilla, escuchando el chapoteo de las olas sobre el mismo

muro que sigue protegiendo aquellas cuatro paredes blanqueadas de cal y salitre.

Cuando llegamos arriba, contemplé una vez más cómo la naturaleza se mantiene alerta para conservar ese rincón maravilloso, y una sombra de duda me oscureció el corazón, pero no dije nada. ¿Qué me podría pasar si aquello desapareciera algún día?

Aquel pensamiento viaja conmigo desde entonces. No me deja vivir. ¿Descansaría en paz el espíritu de tía Isabel si las lajas y las rocas quedasen sepultadas para siempre? ¿y si los bodiones, las doncellas y los robalos tuviesen que emigrar de la misma manera que tuvo que hacerlo ella?

Por eso con este texto, que no es otra cosa que un hilván que une retazos casi olvidados de tela que el tiempo se encargó de separar, quiero hacer un altar extendido sobre la orilla, en el que poner pres-tadas las flores más preciadas de Pepe Araujo: Amorpren-des, Siemprevivas y Nomeolvides.

Ese altar lo erijo en honor de aquella diosa de ojos tan verdes. ■

ALJARANDA en Internet

En la dirección

<http://www.aytotarifa.com>

pueden consultar todos los ejemplares publicados hasta ahora de la revista, además de otras actividades e información de la Concejalía de Cultura



ALJARANDA es una revista abierta a cuantas personas dedican parte de su tiempo al estudio del municipio de Tarifa en sus más diversas vertientes: Historia, Geografía, Patrimonio, Arte, Tradiciones, Creación literaria y otros.

Los artículos pueden ser remitidos al Consejo de Redacción bien por correo postal (Revista **Aljaranda** Excmo. Ayuntamiento de Tarifa. Calle Amor de Dios, 3. 11380 Tarifa) o electrónico (aljaranda@yahoo.es).